

El Misterio Del Duende De Navidad



Perla Chinchilla

Este libro fue hecho en el taller de La Peor Librería, rodeados de árboles y animales que generosamente nos acompañan todos los días.

Para conocer todos nuestros libros, visita
lapeorlibreriadelmundo.com

EL MISTERIO
DEL DUENDE
DE NAVIDAD

Perla Chinchilla Pawling

Para mi querida Rafaela,

Con todo mi amor y confianza en que crecerás
en un mundo lleno de aventuras,
buenos amigos y descubrimientos felices.

Tu Oma,

Perla



LA LLEGADA DEL DUENDE

Rafaela estaba lista para irse a la escuela, ya hacía frío y llevaba su ropa de invierno. Era diciembre y pronto empezarían las vacaciones de Navidad, las que más disfrutaba de todo el año.

Ya en el recreo, bajo el tibio sol de la temporada, platicaba con su amiga Vica.

–Qué emocionante, Vica; ¡ya falta muy poco para que llegue la Navidad!

–¡Sí, yo me pongo igual de contenta cuando se acercan estas vacaciones! –respondió su amiga.

–¿Y sabes algo que me ilusiona en particular? Que pronto vendrá el Duende de la Navidad. ¡Me divierten mucho sus travesuras!

–A mí igual, Rafaela, me encantan las diabluras que se inventa el Duende en mi casa.



Pasaron los días, y por fin llegó aquel en el que el Duende visita a los niños que así lo piden.

Rafaela despertó y empezó a buscar por la casa a su pequeño Duende, para averiguar qué había hecho durante la noche. Detrás de ella iban curiosas Micha y Lola, sus dos gatitas.

Y entonces lo vio:

–¡Eres tremendo, Duende, mira cómo dejaste los cojines de la sala! –exclamó Rafaela mientras se reía. Y efectivamente, en lugar de que los cojines estuvieran sobre el asiento, aparecían apilados como una torre junto a la ventana, y hasta arriba sentado, estaba el Duende.

Las gatitas no tardaron en trepar por esa torre que parecía tan divertida de escalar.



UNA TRAVESURA TRAS OTRA

Así pasaron varios días, en los que cada mañana Rafaela descubría una nueva travesura del Duende, y fueron tantas que por no hacer este libro muy gordo, vamos a contarles sólo algunas.

En una ocasión sentó a todos los peluches de Rafaela en medio de la sala de la televisión, tal como si la miraran. Al lado puso un platón con palomitas, que al día siguiente se comieron Rafaela y sus dos hermanos, José Luis y Cristóbal.

En otra ocasión encontraron que algo le había pasado a todos los huevos que estaban en una canasta en la cocina: amanecieron pintados con caritas felices de muchos estilos y colores... ¡Seguramente el Duende debe de haberse tardado en buen rato en esta travesura!

Una mañana el Duende logró su travesura más enredada. Quién sabe cómo, dio con una bola de estambre que estaba guardada en un costurero



antiguo, que mamá había guardado después de utilizarlo en un trabajo escolar. Con ella hizo una auténtica telaraña al fondo del pasillo, y se sentó a un metro de ella.

Cuando Rafaela corrió de mañana a abrazar a su Duende, quedó enredada en la telaraña, riéndose sin parar... pero ciertamente fue a Micha y a Lola a quienes más les gustó la idea. Ambas se dedicaron a jalar el estambre con mucho entusiasmo, y acabaron de enredar a su querida cuidadora.



DOS TRAVESURAS MISTERIOSAS

De pronto, después de una serie de travesuras que en nada estropeaban o destruían objetos, una mañana entró Rafaela a la cocina y vio sorprendida que una jarra de jugo estaba volteada sobre el suelo, y el jugo desparramado por todos lados. Y lo más extraño, el Duende estaba atrapado dentro de la jarra.

–¡Qué raro! –dijo Rafaela–. ¿Se habrá tropezado el Duende? Pobrecito; voy a sacarlo y limpiarlo.

Las gatitas se mantuvieron alejadas, como escondidas en un rincón.

Al día siguiente descubrió otra travesura que no correspondía a las inofensivas acciones del Duende de la Navidad.

Cuando Rafaela entró al comedor, encontró el jarrón de la mesa volteado. No se había caído, afortunadamente, a pesar de haber rodado casi



hasta la orilla. Las flores aparecían aventadas por todos lados, y nuestro Duende estaba metido en el jarrón hasta el fondo.

–¡Esto es muy misterioso! –dijo Rafaela en voz alta–. Algo extraño está pasando... tengo que investigar de qué se trata.

Al día siguiente, durante el recreo, Rafaela le contó a su amiga Vica lo ocurrido.

–Tienes razón; ¡es muy misterioso, Rafaela! –dijo Vica después de haber escuchado la historia.

–¿Qué te parece si te invito a dormir, y nos convertimos en unas investigadoras científicas para poder explicar el misterio? –propuso de repente Rafaela, muy entusiasmada.

–¡Sí, qué buena idea! –contestó Vica, con el mismo ahínco y sonriendo de oreja a oreja.



UN PLAN PARA INVESTIGAR DE NOCHE

Las dos niñas hicieron justo lo que habían dicho.

El sábado siguiente Vica se quedó a dormir en casa de Rafaela, y juntas pensaron en un plan para descubrir el misterio.

–Nos acostaremos a la misma hora de siempre, pero nos quedaremos despiertas en la oscuridad para poder asomarnos a ver qué es lo que sucede. ¿Te parece Rafaela?

–De acuerdo, Vica, pero recuerda que no podemos espiar al Duende de la Navidad, porque si lo hacemos ya no regresará. Sólo tenemos que ver si hay algo que le está estorbando en sus travesuras bondadosas. ¡Pero si está solo, cerramos los ojos y nos regresamos a la cama!

–¡Muy bien! –dijo Vica–, ¿pero cómo vamos a ver en la oscuridad?



–¡Es cierto, hay que pensar cómo! Si usamos una lámpara lo más seguro es que asustaremos al Duende... –señaló Rafaela pensativa.

–Tendremos que ir juntas, sin ver; nos pegamos a la pared del pasillo, y estamos atentas para escuchar cualquier ruido –dijo Vica.

–Tienes razón, el Duende hace travesuras que no hacen ruido; es muy cuidadoso para no despertar a nadie de la familia –reflexionó Rafaela–. Entonces sólo si oímos un ruido fuerte, como el que se ha de haber oído en la cocina cuando se volteó la jarra de jugo, o en el comedor cuando se cayeron las flores del jarrón, prendemos la luz de nuestro celular, para atrapar a quien está molestando al Duende mientras él hace sus travesuras.



DOS OJOS EN LA OSCURIDAD

Llegó la noche y con mucho esfuerzo las niñas se mantuvieron despiertas, a pesar de que en varios momentos se les entrecerraban los ojos. Lo bueno es que no se les cerraban al mismo tiempo, así que una podía mover a la otra para que no se durmiera.

Cerca de las doce, cuando ya toda la casa estaba en silencio y todas las luces apagadas, se deslizaron sin hacer el menor ruido por el pasillo y se acomodaron –no sin algo de miedo– detrás del asiento de la sala.

¡De pronto vieron dos pares de ojos luminosos, de color verdoso, que parecían mirarlas! Gateando por el pasillo, se regresaron a toda velocidad a su cama, y se taparon hasta la cabeza.

Al día siguiente era domingo, así que Rafaela y Vica tuvieron tiempo de platicar sentadas en la cama sobre lo que habían visto la noche anterior.



–¿Qué serían esos ojos? ¿Serán unos duendes malos que atacan al Duende bueno? –se preguntó Vica.

–Vamos a ver qué travesuras aparecieron hoy... sospecho que aquí es donde empieza realmente nuestra investigación –respondió Rafaela.

Buscaron en diferentes partes, y al entrar a la cocina vieron un verdadero desastre: el bote de la basura volteado en el piso, y la basura desperdigada. Y lo más triste, el Duende de la Navidad estaba al fondo del basurero, con su hermoso traje manchado.

Lola y Micha dormían en las sillas del comedor, cosa extraña, ya que siempre se quedaban a dormir en el cuarto de Rafaela hasta tarde.

–¡No sé qué le pasa a este Duende! –dijo mamá Sofía–. Voy a limpiarlo y ponerlo a secar. Pero si mañana tenemos otro desastre, ¡tendré que dejarlo afuera de la casa!



LAS MININAS, SOSPECHOSAS

Rafaela y Vica se voltearon a ver y corrieron a su cuarto para analizar las nuevas pistas.

–¡Hoy es nuestra última oportunidad de resolver el misterio! Tenemos que investigar qué pasa, porque mañana ya iremos a la escuela y no podrás quedarte –dijo Rafaela–. Estoy pensando que los ojos brillantes que vimos fueron los de Lola y Micha.

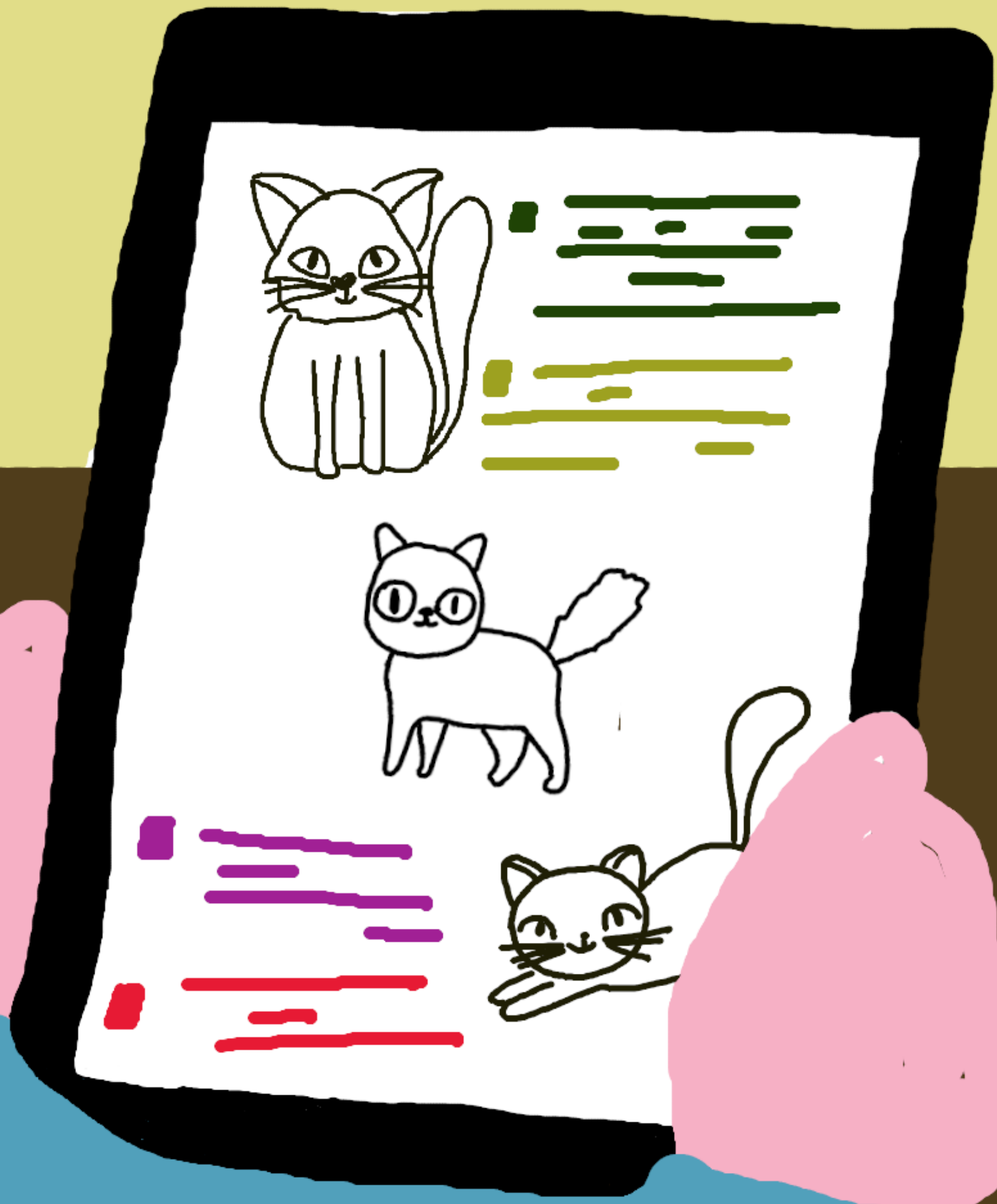
–¿En serio, Rafaela? ¿Pero por qué brillaban tanto en la oscuridad? –preguntó Vica.

–Mi papá me explicó por qué –respondió Rafaela–. Fue una noche que vi cómo le brillaban los ojos a un gato; me dijo que brillan porque tienen como una telita que atrapa la poca luz que hay en la noche, y la pasan adentro de sus ojos, a la retina, para que vean mejor.

–¡Entonces lo brillante es la luz de afuera que sus ojos están atrapando! –exclamó Vica.



–Sí, así es. Y mi papá también me explicó que no es cierto que los gatos vean en la oscuridad; lo que sucede es que la poquita luz que puede haber de un foco lejano o de la luna, sus ojos la captan y la reflejan –respondió Rafaela.



UNA INVESTIGACIÓN CIBERNÉTICA

–¡Por favor, por favor! Préstenos su iPad para buscar algo que necesitamos investigar –suplicó Rafaela a sus hermanos José Luis y Cristóbal, que seguían acostados por ser domingo.

–Está bien, se las presto un rato –respondió Cristóbal un poco adormilado.

–¡Gracias! –gritaron al unísono las niñas.

Pronto encontraron una página sobre animales, y la información que vieron les sirvió para confirmar su teoría sobre quién estaba molestando al Duende en las noches:

- *Los gatos tienen ojos mucho más grandes que los humanos. Si tuviéramos ojos del tamaño de los gatos, serían como una pelota de tenis.*
- *Los gatos ven ocho veces más que los humanos.*



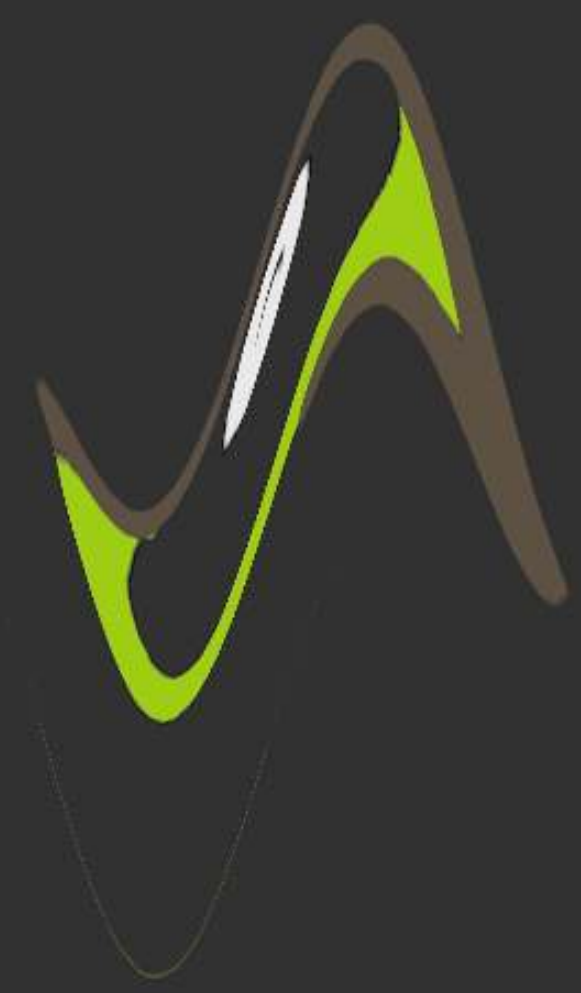
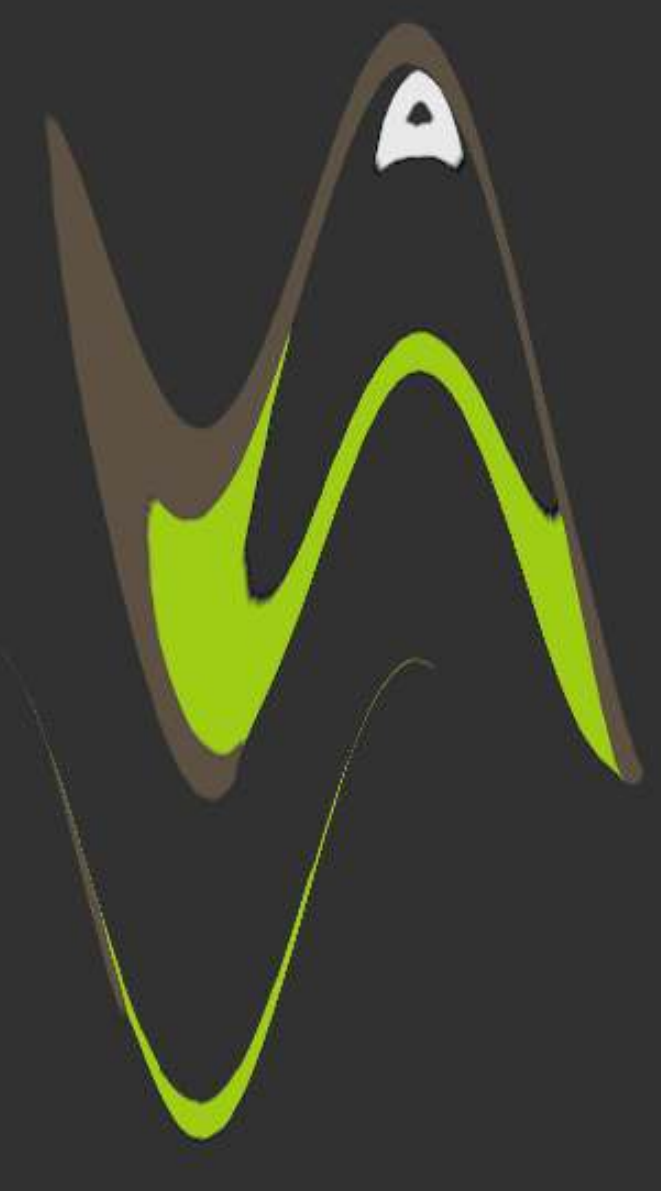
- *Su pupila es vertical, de día es una rayita y de noche se agranda para que vean más.*
- *Como son cazadores nocturnos, son capaces de captar movimientos cercanos muy rápidamente.*

–Ahora entiendo tus sospechas, Rafaela. ¿Piensas que Micha y Lola tienen que ver con el misterio, verdad? –preguntó Vica.

–Así es –respondió su amiga–. Y lo podremos comprobar esta noche.

Trataron de descansar durante el día para estar alertas en la noche.

Cuando ya todos se habían ido a dormir, y la casa quedó sumergida en la oscuridad, las niñas volvieron a su escondite detrás del sillón, pero antes se asomaron al cojín donde dormían siempre las gatitas en el cuarto de Rafaela, y comprobaron si estaban ahí. De momento, al menos, lo estaban.



LA BATALLA DE MICHA Y LOLA

Esta segunda noche tuvieron que esperar más tiempo, y por poco se quedaron dormidas, pero de pronto escucharon un ruido al final de la sala. Se asomaron con cuidado, y gracias a una ligera luz del farol que entraba por la ventana, alcanzaron a ver una increíble batalla.

Micha y Lola perseguían en la casi completa oscuridad, donde sólo se veían ojos brillantes, al rapidísimo Duende, que traía una estrella luminosa en su cabello. Él brincaba de un lado a otro, pero las cazadoras estaban muy cerca de darle alcance, hasta que se escondió detrás de un sofá.

Cuando las gatitas iban a brincar, Vica atrapó a Lola y Rafaela agarró a Micha; las llevaron de vuelta a la recámara y cerraron la puerta.

–¡Qué mininas éstas! ¡Qué vista tienen! De no ser por el brillo de sus ojos y la estrellita del Duende, nosotras no hubiéramos visto nada –comentó Vica.



–Es cierto, además qué velocidad para cazar al pobre Duende –respondió Rafaela–. Ahora que lo pienso, creo que se trataban de vengar de él, ¿sabes? Una de las travesuras del Duende fue ponerles harina a Micha y a Lola mientras dormían. Y me imagino que eso no fue lo que las enojó, sino el baño que les dimos al día siguiente. ¡Cómo maullaban y se quejaban, jajaja!

–Lo que es increíble es que hayan notado que fue el Duende el que hizo las travesuras, y luego que se dieran cuenta que venía por las noches todos los días –dijo Vica.

–Pues sí, son increíbles estas gatitas. Pero como dice mi Oma: ¡Creo que la naturaleza nos tiene guardados muchos más misterios de los que podemos imaginar!

Cansadas pero contentas con su labor de investigación, las niñas se quedaron dormidas.



¡Gracias Rafaela y Vica!
Feliz Navidad

UNA NAVIDAD FELIZ

A la mañana siguiente, antes de vestirse para ir a la escuela, Rafaela y Vica corrieron a la sala a ver al Duende de la Navidad.

¡Todo estaba en sitio! Había ordenado el tiradero que quedó después de la batalla con Lola y Micha. Esta vez, en lugar de hacer una travesura simplemente se había sentado sobre la mesa del comedor, y junto a él había un papelito que decía:

**¡Gracias Rafaela y Vica!
Feliz Navidad**

Micha y Lola aún dormían plácidamente en su cojín. El misterio se había resuelto.